

LA CLASE MEDIA COMO IDEAL SOCIAL EL CASO DE CHILE CONTEMPORÁNEO

Azun Candina Polomer¹

Resumen:

Este artículo analiza el surgimiento de la clase media como grupo social en específico y como un ideal social para la población chilena durante el siglo XX. Se propone aquí que el concepto de ‘clase media’ engloba significados culturales múltiples y complejos, dadas sus connotaciones democráticas y progresistas y, al mismo tiempo, la acusación de ser políticamente poco confiable e influenciado por los patrones de consumo de las clases altas.

Abstract:

This paper analyzes the raising of Chilean middle class both as specific social groups and as a social ideal for Chilean population during the Twentieth century. It is proposed here that the ‘middle class’ concept holds complex and multiple cultural meanings in contemporary Chilean society, given its democratic and progressive connotations and, at the same time, the accusation of being politically non trustable and easily influenced by the upper classes and their consumption patterns.

El presente trabajo busca presentar cómo las clases medias en Chile durante el siglo XX se constituyeron como grupos definibles según niveles de ingreso, ocupación y actividad pública. Asimismo, el texto pretende analizar cómo el concepto de clase media se refiere a grupos sociales concretos y además a un referente simbólico que se convirtió paulatinamente en un ideal social para la mayoría de la población chilena durante el siglo XX, influenciando los discursos políticos, económicos y culturales chilenos. De tal manera, este trabajo no pretende representar un estudio descriptivo de

¹ Doctora en Historia, Académica de la Universidad de Chile

las clases medias chilenas, sino una reflexión en torno al sentido entregado por una sociedad a lo largo del tiempo a un concepto o definición en específico.

En ese contexto, vale la pena recordar que en su texto clásico sobre la formación de la clase obrera en Inglaterra, E.P.Thompson relevó la historicidad del concepto de clase, señalando que “ni el entramado sociológico mejor engrazado puede darnos una muestra pura de la clase, del mismo modo que no puede dárnosla de la deferencia o del amor”². Si el concepto de clase social es por definición un concepto relacional e histórico, esta característica es especialmente importante para el concepto de clase o clases medias, tanto desde su definición teórica como de su comprensión en el lenguaje cotidiano y en la apropiación que hacen de él los sujetos sociales y los individuos. Ser, *dejar de ser o llegar a ser* ‘clase media’ es una definición que se construye fluidamente a partir de qué es lo que se entiende por pobres y ricos, por la medición de una cierta distancia o incluso equidistancia hacia unos y hacia otros, y también por características que no tienen necesariamente que ver con factores económicos, sino educacionales, de origen familiar o de formas de vivir y convivir. De nuevo y recordando a Thompson, estas fronteras y características son móviles y fluidas, y se definen a partir de percepciones cambiantes acerca de qué es lo básico y que es ‘lujo’, que es ser ‘educado’ o ‘culto’ en una sociedad determinada y en momentos determinados y, como esto se connota positiva o negativamente y se transforma en un referente para otros.

1.- Asociatividad y sociabilidad de los grupos medios.

En el caso de Chile, el crecimiento de la clase media se ha entendido como un fenómeno principalmente asociado a las transformaciones económicas y políticas del siglo XX. Durante el período colonial y el siglo XIX, puede rastrearse el surgimiento de una cierta clase media a partir del desarrollo de los pequeños y medianos empresarios y comerciantes urbanos, y también en pequeños propietarios rurales y funcionarios públicos, que habían medrado asociados a la clase alta y aprovechando las oportunidades educacionales para los sectores más ilustrados de los sectores populares o las familias de abolengo en decadencia³. Sin embargo, la mayoría de los estudios

² Edward Palmer Thompson, Prefacio, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, en Thompson, 2001, *Obra Esencial*, (edición de Dorothy Thompson), Editorial Crítica, Barcelona, p. 13.

³ Ver Marianne Gonzalez Le Saux, *De empresarios a empleados. Clase media y Estado Docente en Chile, 1810-1920*, LOM Ediciones, Santiago, 2011.

existentes consideran que fue el crecimiento del Estado durante el siglo XX y los fenómenos asociados a ese crecimiento --como la creciente urbanización, el desarrollo de los servicios públicos y privados y la expansión de la educación-- los que permiten hablar, ya en las décadas de 1920 a 1930, de una clase media que si no era la mayoría de la población nacional, correspondía a un porcentaje en aumento de la misma.

Uno de los factores de crecimiento de los grupos medios ha sido asociado a la expansión de la educación, que permitiría a las personas acceder a oficios y profesiones no manuales y conseguir un mejoramiento en su estatus social y calidad de vida. En 1920 se aprobó la Ley de Educación Primaria que hizo obligatorios cuatro años de estudios. En 1929 fue ampliada a seis y en 1967, a ocho años de escolaridad básica y obligatoria. Los niveles de alfabetización se modificaron notoriamente durante el siglo XX; para 1920 un 40% de la población era alfabetizada y para la década de 1950, un 74,8%.

En términos del empleo público, las plantas de funcionarios que comportaban una mayoría de empleados no manuales y de profesionales aumentaron sostenida y significativamente desde fines del siglo XIX hasta la década de 1970. Según el estudio de Humud-Tleel, los funcionarios del Estado chileno aumentaron de 1.165 en 1845 a 47.193 en 1930⁴. García Covarrubias denota en su estudio que las plantas de empleados estatales habrían crecido, entre 1940 y 1952, a una tasa anual que va del 5,1 al 3,0. Entre 1940 y 1946, por ejemplo, el aumento de puestos en la burocracia estatal habría crecido en un 70%, habiéndose creado en el período 16.520 nuevos puestos de trabajo⁵. Para 1970, los empleados correspondían al 24% de la fuerza laboral en el sector manufacturero, 49% en los servicios y 29% en el sector comercio⁶. También durante el primer tercio del siglo XX, la Universidad de Chile --la mayor institución de educación del país-- creó las carreras de ingeniería, medicina veterinaria, odontología, servicio social y arquitectura, entre otras, que vinieron a sumarse a las más tradicionales como medicina, derecho y pedagogía que ya existían desde el siglo XIX⁷; así aumentaron

⁴ Carlos Humud-Tleel, *El sector público chileno. 1830-1930*, (Santiago, Universidad de Chile, 1969), citado en Nelly Richard y Carlos Ossa, 2004, *Santiago Imaginado*, (Santiago, Armando Silva Editor, 2004).

⁵ Jaime García Covarrubias, *El Partido Radical y la clase media en Chile*, (Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1990), p. 120-121.

⁶ Alan Angell, *Chile de Alessandri a Pinochet: en busca de la utopía*, (Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile), 1993, p. 17.

⁷ Rolando Mellafe, Antonia Rebolledo y Mario Cárdenas, *Historia de la Universidad de Chile*, Ediciones de la Universidad de Chile Biblioteca Central, Santiago, 1992, p. 127 y ss.

también los grupos profesionales que ejercían tanto en servicios públicos como en la práctica privada, complejizando la composición laboral del país.

Junto a ello, estos grupos generaron una asociatividad y también una sociabilidad propias y distintivas. Desde fines del siglo XIX la asociatividad de grupos que serían identificados como parte de las clases medias empezó a manifestarse. Según Rojas Flores, las primeras agrupaciones de empleados públicos y particulares surgieron en las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del siglo XX, como la Sociedad de Empleados de Comercio de Santiago (1887), la Sociedad de Empleados de Aduanas (1910), la Asociación de Telegrafistas de Santiago (1912) y la Federación de Empleados de Antofagasta (1919)⁸, y también de profesionales, como la Sociedad Médica y el Instituto de Ingenieros, en 1888, y las de abogados, farmacéuticos y contadores entre 1925 y 1938⁹. Jorge Barría ha destacado que la organización de los empleados públicos y particulares cobró fuerza en la década de 1920, mencionando la UECH, Unión de Empleados de Chile, que agrupó a organizaciones mutualistas de empleados como un nuevo sindicato que se opuso a la legislación laboral que luego fue abolida por la Junta Militar de 1924¹⁰.

En las décadas de 1930 y 1940 se fundaron o fusionaron varias organizaciones obreras y de empleados que tenían sus antecedentes en las organizaciones del siglo XIX y comienzos del siglo XX: entre ellas, la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCH) en 1936; la Confederación General de Trabajadores (CGT) y la Federación Instituciones de Empleados Particulares (ambas en 1931), la Confederación Nacional de Empleados Particulares, en 1939; la Confederación Nacional de Sindicatos de Empleados Particulares, en 1943, la Federación de Educadores de Chile (FEDECH), en 1944, y la Asociación Nacional de Empleados Semifiscales (ANES), fundada en 1945. En el caso de la organización de los empleados del Fisco, las fechas que parecen haber marcado un hito fueron enero de 1938 y el 5 de mayo de 1943; respectivamente, las fechas de fundación de la ADIP (Asociación Deportiva de Instituciones Públicas) y de la Agrupación Nacional de Empleados Fiscales.

¿Cuántos empleados y profesionales participaron efectivamente en estas asociaciones, es decir, hasta qué punto podemos considerarlas como representativas de

⁸ Jorge Rojas Flores, *Los trabajadores chilenos. Desde la Colonia hasta 1973*, (Santiago, Documento ICAL, sin año de publicación), p. 60.

⁹ Jorge Rojas Flores, *Los trabajadores chilenos. Desde la Colonia hasta 1973*, p. 61.

¹⁰ Jorge Barría Serón, *El sindicalismo: fuerza social chilena*, (Santiago, Departamento de Relaciones del Trabajo y Desarrollo Organizacional (DERTO), Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas, Universidad de Chile, 1978) p. 43.

un conjunto creciente de ciudadanos y ciudadanas del país? Hasta ahora no contamos con estudios a profundidad que respondan esa pregunta. Sin embargo, su misma existencia puede considerarse muestra de que los llamados sectores medios, constituidos por los asalariados no manuales y dedicados a tareas profesionales, intelectuales y de servicios no quedaron fuera del impulso asociativo que caracterizó a los comienzos del siglo XX y que marcaría la política nacional de allí en adelante.

Asimismo y en términos de sociabilidad, durante las primeras décadas del siglo XX se constituyó lo que podría considerarse un circuito cultural de clase media, diferente a los de las clases populares y la clase alta. Bernardo Subercaseaux demostró que ya a fines del siglo XIX en la ciudad de Santiago, capital del país, existían grupos diferenciados donde era posible distinguir los circuitos populares propiamente tales, con la lira popular y una fuerte tradición de las décimas rurales en proceso de fusión con el mundo de la ciudad; la cultura de la élite, representada en el amor por la ópera, el romanticismo francés, la moda y modales ingleses y los viajes a Europa; y los circuitos de la nueva clase media, que escuchaba zarzuela en el Politeama y se reunía en los cafés del centro. El Politeama fue la versión para clases medias y populares del Teatro Municipal, patrimonio de la 'aristocracia' nacional: en él y otros teatros del centro de Santiago se representaban especialmente zarzuelas para miles de espectadores, en tandas rotativas de hasta cuatro o cinco funciones diarias con el mismo elenco. Se trataba de piezas alegres y bohemias, algo mal vistas por los sectores más conservadores. Sin embargo, en estos teatros también se representaban obras con afanes costumbristas y didácticos, como *Don Lucas Gómez o el guaso en Santiago* (1885) de Mateo Martínez de Quevedo, que mostraba precisamente las aventuras del inmigrante campesino recién llegado a la ciudad, o *La historia universal* de César Cantú (1890), una tragicomedia dramática que duraba nada menos que setenta y dos noches consecutivas: la propaganda de la obra decía que quién la viera podría considerarse luego 'un verdadero ilustrado'. Este público, en la opinión de Subercaseaux, no sólo quería divertirse, sino ser instruido¹¹.

Los espacios de encuentro social, más allá de las salas de teatro, también sufrieron cambios: a comienzos del siglo XX los primeros cafés fueron centro de reunión sólo de la aristocracia y principalmente de sus damas. Peña Muñoz describe el refinado *Tea Room* de Gath y Chavez, inaugurado en 1910, en el último piso de la

¹¹ Subercaseaux, Bernardo, 1992, "La cultura en la época de Balmaceda. (1880-1900)", en VVAA, *La época de Balmaceda*, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago de Chile, p. 45.

modernísima tienda y con un conjunto de cuerdas que interpretaba a Ravel y Stravinsky, y el Café del Hotel Crillón, decorado con tapicería belga y lámparas de lágrimas, donde las señoras elegantes se reunían. Pero el autor también da cuenta de cómo, con el correr del siglo XX, se multiplicaron los salones de té en Santiago, como el café Paula, el Santos, el Iris, el Tívoli, el Haití y el Colonia, que pronto fueron frecuentados por ejecutivos y empleados y familias en paseos de fin de semana¹². En términos de lujos antes reservados solamente a la aristocracia nacional, otros autores han descrito cómo, en un proceso paulatino que se inicia en las primeras décadas del siglo y se afianzó a lo largo de él, balnearios de la zona central de Chile como Viña del Mar también fueron ocupados y disfrutados por estos sectores que no pertenecían a la clase alta que los fundó. La revista institucional de la Agrupación Nacional de Empleados Fiscales (ANEF) durante las décadas de 1950 y 1960 contenía prácticamente en cada página avisaje de casas comerciales que ofrecían una gran variedad de productos (ropa, calzado, aparatos electrodomésticos, alimentos, etc.), junto a los artículos políticos que exigían mejoras salariales para alcanzar un mejor nivel de vida. Ya en 1956, en la misma página en que se publica un crítico análisis a la Misión Klein-Saks, hay otro artículo donde se parte con esta introducción:

"Todos sabemos que existen a lo largo del país grandes hoteles donde se puede pasar una cómoda y agradable estada [sic], pero éstos están reservados para la gente que dispone del dinero suficiente para darse todas las comodidades de lujo que en ellos se precisan y pagar sus elevadas tarifas. En cambio, el hombre sencillo, de la clase media, que desea tomarse un corto descanso ya sea en la playa o en el campo, sin las ostentaciones del lujo ni los prejuicios sociales, en un ambiente de confort y modestia, de paz y tranquilidad, y donde puede gozar de toda libertad y a la vez, sentirse como en su propio hogar, sin hacer desembolsos exorbitantes, difícilmente puede encontrar este idealizado lugar en este angosto y largo territorio"¹³

¹² Peña Muñoz, Manuel, 2001, *Los cafés literarios en Chile*, Ediciones RIL, Santiago de Chile, p. 113 y ss.

¹³ "Hoteles de descanso", Revista ANEF, num. 14, octubre-diciembre 1956, p. 10. Según el sitio web del Hotel San Martín, fue construido por solicitud de la alcaldía de Viña del Mar, debido a la creciente afluencia turística de la época, y se encuentra hasta hoy administrado por la familia Escudero. Ver www.hotelsanmartin.cl

Luego, se informa a los empleados que se encuentra en construcción el Hotel San Martín, en Viña del Mar, que contará con siete pisos y ofrecerá a precios moderados "todos los adelantos de la técnica moderna y que dispondrá de 240 habitaciones independientes". Continúa el artículo diciendo que este proyecto ha recibido el apoyo del mismo Presidente de la República, y felicita a la firma Joaquín Escudero y Cía, que ha decidido hacer una inversión para satisfacer las necesidades de estos otros grupos sociales y sus justas necesidades. Como indica el artículo de Álvaro Góngora al respecto, desde la década de 1930 en adelante Viña de Mar dejó de ser el balneario de la clase alta chilena, con castillos y palacetes, para incorporar a los grupos medios que llegaban a residenciales, hoteles y casas de menor tamaño y que visitaban el Casino y la recién construida Avenida Perú¹⁴.

¿Aspiraban estos nuevos paseantes del centro de Santiago o de Viña del Mar solamente a imitar a la clase alta o quizás llegar a ella? La respuesta no es sencilla. Los testimonios que han dejado muestran que hubo un componente de admiración e imitación de las elites, pero también desarrollaron un orgullo hacia sus propios logros y méritos, por el mismo hecho de tenerlos, y un cierto rechazo a las elites por su supuesto derroche y falta de apego al país, como veremos en el apartado siguiente. La sociabilidad de los grupos medios tendía a aspirar a un refinamiento de la vida que no se comparaba con el lujo y el cosmopolitismo de las clases altas, pero que sí recogía elementos de ella. Ser de clase media involucraba moverse dentro del mundo cotidiano con una cierta dignidad, la cual se expresaba en ciertas maneras de expresarse, de vestir y de relacionarse con otros que los individuos debían cumplir aun cuando las condiciones fueran difíciles. En el testimonio de Aída Pardo, profesora normalista que empezó a trabajar en la década de 1930, la huella de un pasado esplendor familiar y las tareas realizadas a posteriori por los descendientes menos acaudalados ilustran el fenómeno:

"Carlos Arturo Pardo Donoso, mi papá, provenía de una familia bastante acomodada de antigua tradición católica en que la mayoría de sus miembros eran profesores. (...) Los Donoso Ponce de León eran santiaguinos de cierta alcurnia y

¹⁴ Alvaro Góngora, "De jardín privado a balneario público. Veraneando en Viña del Mar", en Rafael Sagrado y Cristián Gazmuri, editores, *Historia de la vida privada en Chile. El Chile moderno. de 1840 a 1925*, Tomo II, (Santiago de Chile, Editorial Taurus, 2006). Para Góngora, ya el hito es 1960, con el festival de la canción: "para entonces, con sus 126.600 habitantes albergando una población socialmente diversa e indudablemente había perdido su carácter aristocrático. Con el siglo XX [Viña del Mar] devino en balneario mesocrático", p. 324.

poseían propiedades en la calle Carmen, en pleno centro, frente al Cerro Santa Lucía. Mi papá nos contaba que estas tierras habían sido 'donaciones' hechas nada menos que por Pedro de Valdivia. (Obviamente, este dato tendría que ser corroborado por un estudio más acabado). En todo caso la familia parece que sí tenía un pasado interesante. Por su parte los Pardo, de quienes se decía que provenían de una distinguida familia del Perú, también tenían propiedades en el Centro de Santiago. Famosa era la maletería 'El Viajante' que se encontraba en Puente y que pertenecía a María Pardo Pueyrredón, nuestra tía 'ricachona'¹⁵

Otra vez, nos encontramos con la definición de una equidistancia: Carlos Pardo venía de una familia de alcurnia, pero él no lo era, y su hija marca en el relato la distancia con la tía 'ricachona', término que pone entre comillas: ellos no son ricos, sino que corresponden a una familia educada y con un pasado brillante que a la hora de su adultez se ubica en el renglón de los funcionarios, profesores y empleados particulares. Por motivos que no se especifican en las memorias, las hermanas Donoso Ponce de León fueron perdiendo sus propiedades y, habiendo recibido educación en colegios religiosos, tres de ellas se desempeñaron como profesoras de Trabajos Manuales y Labores y Tejidos, y dos de ellas llegaron a ser directoras de escuelas.

Por su ascendencia paterna, Aída Pardo recuerda que dos de sus tíos, Manuel y Víctor Pardo, fueron funcionarios de Correos, y que su padre ejerció como profesor, ingresó a estudiar al Instituto de Educación Física y fue el único de su generación que llegó a tener una educación universitaria. Además, Aída Pardo recalca los intereses de su padre, que hablan de un afán de civilización y refinamiento donde el arte se mezclaba con un importante componente de disciplina:

"... [mi padre] tenía una hermosa voz de tenor, y estudiaba, desde chico, canto en el Conservatorio de Santiago, cuyo coro participaba en las misas de la catedral los días domingo. Además, era Comandante de Scout, cuyas enseñanzas llevó a todas las escuelas en las que fue profesor. Lo primero que hacía la llegar a un

¹⁵ María Teresa González Pardo, *Recuerdos de la familia González Pardo. Relatados por Emperatriz Aida González Pardo y Julio Gustavo González Sanchez*, mimeo, Santiago, 2008, p. 4. Debemos agradecer a Alejandra Araya que nos facilitara esta recopilación de testimonios aun no publicada.

nuevo destino, era formar una banda instrumental pues, igual como creía Diego Portales, le parecía que era el mejor medio para disciplinar a los jóvenes"¹⁶

Se trataba de vivir de manera ordenada e ilustrada y educar en esa forma de vida a otros. El testimonio siguiente da cuenta de que incluso comportamientos que podrían ser leídos como vanidad o frivolidad femenina son presentados por sus protagonistas como un deber ser relacionado con su lugar en la sociedad. Aída Pardo estudiaba para convertirse en profesora en una Escuela Normal. Habiendo muerto su padre en 1931, los hermanos y hermanas quedaron bajo la tutoría de su tío Guillermo Pardo, sacerdote al parecer algo avaro y duro, que no comprendió que pese a la difícil situación económica que pasaban, ella debía cumplir con dichas formalidades como egresada profesional, más aun cuando debía recibir un premio frente a los demás:

"Ese mismo año, a fines de 1931 yo me recibí, y la Irma, aunque no había terminado su carrera consiguió trabajo en el Hospital. Era tradición en la Normal graduarse con un traje especial. Le pedí dinero a Guillermo para poder hacerme un vestido bonito pero éste me dijo que yo era huérfana y pobre y que no tenía medios para ese tipo de frivolidades. Que me graduara con uniforme. Salí llorando al patio y como siempre, fue la tía Emma quien me ayudó. Me dijo que no me preocupara y que asistiría a la ceremonia *elegante como el resto de mis compañeras*. Me compró una seda para hacerme un vestido negro plisado -yo estaba de luto-, sombrero y cartera negra. Recibí un premio especial por haber ocupado el tercer lugar de mi promoción. *Lo recibí con orgullo, dignidad y agradecimiento para con la tía, quién me acompañó en el evento*"¹⁷

Autores como Raúl Alarcón confirman, ya en la década de 1940, esa imagen de los grupos medios como personas dedicadas a educarse y a vivir de manera más confortable y refinada cada año de sus vidas, y evidentemente más cercanas a la modernización urbana que a las tradiciones rurales. El retrato que hizo Alarcón de la vida cotidiana de la clase media chilena es digno de ser mencionado. La clase media es

¹⁶ María Teresa González Pardo, *Recuerdos de la familia González Pardo. Relatados por Emperatriz Aida González Pardo y Julio Gustavo González Sanchez*, p. 9.

¹⁷ María Teresa González Pardo, Op. cit., p. 43. El destacado es nuestro.

limpia y ha adquirido hábitos nuevos y diferentes a su frecuente origen campesino; los utensilios de barro ya no se presentan en sus salones y no comen todos de la misma fuente, costumbre ya "relegada al inquilinaje de los campos"¹⁸. Su alimentación es variada y abundante, y sus habitaciones cómodas y ordenadas:

"Aspiración muy sentida de la clase media es el tener juegos de muebles para guarnecer sus casas. El receptor de radio constituye una necesidad, y para algunos es también el automóvil. La autoridad del hogar se comparte entre el hombre y la mujer. La familia es poco numerosa. Los temas de las conversaciones familiares son variadísimos, ocupado un lugar preferente los asuntos de política de actualidad y los emanados de las actividades propias desarrolladas por los distintos familiares durante el día.

Las fiestas familiares consisten en la celebración de onomásticos y cumpleaños, Navidad y Año Nuevo. Las diversiones más comunes son los paseos campestres, los deportes y las excursiones de fin de semana. El cine y el teatro cuentan con la admiración de la mesocracia. El veraneo, como necesidad o pedantería, es causa de grandes aprietos económicos"¹⁹

Había que haber superado el hacinamiento de una familia numerosa en pocas habitaciones (y la misma familia numerosa) y haber accedido a una vivienda independiente para ese núcleo familiar. Había, también, que poder acceder a comodidades y diversiones propias de las sociedades modernas como los electrodomésticos y los bienes de consumo cultural. Se esperaba también un nivel de educación formal y de integración a los asuntos públicos, que permitiera conversar entre los miembros de la familia acerca de la política nacional, por ejemplo. Puede que la descripción de Alarcón no sea, en verdad, la descripción de cómo efectivamente vivían la mayoría de las familias de estos nuevos grupos, pero sí corresponde al ideal que se había ido forjando desde fines del siglo XIX y hasta mediados del siglo XX. Se sintieron, al parecer, llamados a cumplir esas condiciones, aun cuando sus ingresos no

¹⁸Alarcón Pino, Raúl, 1947, *La clase media en Chile. Origen, características e influencias*, Tesis de prueba para optar al grado de licenciado en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad de Chile, p. 97.

¹⁹ Raúl Alarcón, 1947, p. 97.

fueran mayores que los de obreros o campesinos. Afirma Julio Vega, también en la década de 1940:

"En este sentido, es característica la forma en que estos elementos modestos de la clase media distribuyen su presupuesto. Tanto por su mayor cultura, *como porque sus ocupaciones así lo exigen, deben* dedicar un porcentaje mayor que el obrero, a los rubros de vestuario y habitación"²⁰

En conclusión, puede afirmarse que mediados del siglo XX y según parámetros que ya hemos analizado en otras investigaciones²¹, en Chile se había construido una cierta imagen social de un 'ser de clase media' que comportaba elementos económicos, sociales, políticos y culturales específicos. Se trataba de los individuos y familias que habían superado la pobreza indiscutible de campesinos, vagabundos y obreros de baja calificación, y que además vivían de una manera que puede calificarse como *urbana* tanto en el sentido de haber accedido a los adelantos materiales y tecnológicos de las ciudades modernas como de haberse integrado a la oferta cultural y a la actividad política y social de las ciudades; la vida ciudadana del país.

2.- El proyecto político mesocrático.

La situación antes descrita tuvo un correlato en términos políticos y de proyectos hacia el conjunto de la sociedad. Patrick Bar Melej ha sido uno de los historiadores que ha enfocado los debates políticos y sociales del primer tercio del siglo XX desde una perspectiva de clase que analiza a numerosos de los llamados intelectuales del Centenario como miembros de la clase media²². Es decir, de pensadores ni proletarios ni oligárquicos sino venidos de los grupos de profesionales universitarios, funcionarios públicos y pequeños y medianos comerciantes, que elaboraron un discurso que otorgaba una gran importancia a la educación, la democracia y el desarrollo de la industria como pilares centrales en la construcción de un país más justo y moderno.

²⁰ Julio Vega, *La clase media en Chile*, mimeo, p. 87. Las cursivas son nuestras.

²¹ Ver Azun Candina, *Por una vida digna y decorosa: clase media y empleados públicos en el Chile del siglo XX*, Editorial Frasis, 2009.

²² Patrick Barr-Melej, *Reforming Chile. Cultural Politics, Nationalism and the Rise of Middle Class*, (Estados Unidos, The University of North Carolina Press, 2001), p. 51 y ss.

El fundamento de dicho discurso público descansaba en una ideología nacionalista, estatista y anti oligárquica, unida a un ideal de armonía social que debería poner a las clases sociales a trabajar unidas por el desarrollo y engrandecimiento nacional. Los intelectuales nacionalistas del Centenario crearían una imagen del Parlamentarismo como una época de liberalismo y cosmopolitismo económico y cultural, dañina a los intereses del conjunto del pueblo chileno, el cual identifican con la Patria; Barr-Melej cita particularmente a Nicolás Palacios, cuyo discurso racista (con serlo y parecer hoy lindar en los límites del absurdo) alcanzó una fuerte resonancia en los años siguientes a la publicación de su *Raza Chilena* (1906), dado tuvo el poder de reivindicar a los indígenas y mestizos como la base de una identidad cultural propia y que debía rescatarse y fortalecerse, defendiendo a los criollos frente a cosmopolitas y extranjeros y connotando negativamente la eurofilia de las clases altas y también el internacionalismo revolucionario: "la ideología racial de Palacios fue exactamente lo que muchos chilenos cansados del *establishment* oligárquico y temerosos de las políticas revolucionarias quería oír"²³.

En este rechazo tanto a la oligarquía como a la revolución, el Estado se convirtió en el espacio reconocido y valorado como el lugar desde donde se construirían los proyectos de cambio, y fue señalado como la expresión de este espacio público; "Es a este Estado que la sociedad parlamentaria, sean intelectuales, empresarios, políticos, religiosos o simplemente obreros, recurre para solucionar la 'cuestión social', y hacia donde van dirigidos los proyectos. Todos los proyectos de cambio u orden social tuvieron que fundarse en una concepción de Estado"²⁴.

A nivel electoral, tras la elección de Alessandri en 1920, las asonadas militares de la misma década y la profunda crisis económica de 1929-1930, la tendencia que pareció establecerse como dominante fue una suerte de 'positivismo de izquierda', como lo ha llamado María Angélica Illanes, que se formuló en las décadas de los años treinta y cuarenta del siglo pasado y que tuvo, en Chile, su principal expresión en las políticas del Frente Popular. Illanes lo define como de izquierda en cuanto 'su foco de mirada y su motivación es el pueblo, al que considera víctima de graves injusticias sufridas a lo largo de la historia chilena', y positivista, por su carácter científico sociológico más que

²³ Patrick Barr-Melej, *Reforming Chile: cultural politics, nationalism, and the rise of middle class*, p. 62. Traducción propia.

²⁴ Juan Carlos Yáñez, *Estado, consenso y crisis social. El espacio público en Chile, 1900-1920*, p. 27.

de crítica ideológica al sistema capitalista y sus relaciones sociales de producción²⁵. A partir del pensamiento de Salvador Allende, quién fue ministro de Pedro Aguirre Cerda, Illanes subraya la idea de un 'socialismo compensatorio', donde el Estado cumpliría el rol de compensar las fuerzas del Mercado a partir de la ley, apoyando a quienes entraban en esa competencia en situación desfavorable; los obreros y asalariados. En la década de 1940,

" (...) el trabajador era un mercader de su cuerpo y un traficante de su vida. Salvador Allende califica esa situación de *trágica* y la comprende como clave en un círculo de pobreza que mantiene al pueblo en una condición crítica. Era necesario un concepto de protección al trabajador que lo considerase como *familia*, como *pueblo chileno*. Pero no se trataba de una protección para "dar", sino para devolver a este pueblo las condiciones humanas *perdidas* en algún lugar y momento decisivo de nuestra historia"²⁶

Quienes se habrían identificado –o fueron identificados por otros-- como los llamados a asumir esa tareas de construir bienestar, armonía y desarrollo social para el conjunto del país fueron precisamente los sectores medios: una clase ‘esperanza’ de maestras y maestros primarios y secundarios, profesionales liberales, intelectuales y políticos que no pertenecían a la frívola o elitista oligarquía y tampoco a un pueblo tan pauperizado que no podía luchar por sí mismo. Es decir, sectores lo suficiente ilustrados para enfrentarse intelectual y retóricamente a la oligarquía sin ser engañados o manipulados por ella, y para educar y ‘civilizar’ al pueblo que aun no podía, por su condición desmedrada, asumir plenamente sus derechos. Cundió entonces en los círculos críticos a la oligarquía la idea de una *mesocracia*, en el sentido de un gobierno meritocrático, moderado y nacionalista –en el sentido proteccionista y patriótico del concepto—que en términos de discurso político fue recogido primero por el primer gobierno de Arturo Alessandri Palma (1920-1924), luego por los gobiernos de coalición del Frente Popular y el Partido Radical (1938-1952) y más avanzado el siglo, por el proyecto de ‘revolución en libertad’ de la Democracia Cristiana, que proponía las

²⁵ María Angélica Illanes, *La batalla de la memoria*, (Santiago de Chile, Editorial Planeta/Ariel, 2002), p. 127.

²⁶ María Angélica Illanes, *La batalla de la memoria*, p. 129. Cursivas en el original.

reformas profundas que el país necesitaba sin las convulsiones de una revolución socialista.

Sin embargo y en las discusiones más recientes sobre las adscripciones políticas de la población chilena, la relación grupos medios/cambio social o grupos medios/'mesocracia' se ha revelado cada vez más difusa y como de sentido común que venida de investigaciones sistemáticas al respecto²⁷. ¿Por qué candidatos y de qué tendencias efectivamente han votado los grupos medios durante el siglo XX? ¿cuál fue la relación específica entre los grupos medios concretos —los profesionales, los empleados, los pequeños y medianos empresarios y comerciantes— con el proyecto mesocrático? ¿Hasta qué punto actuaron y tomaron decisiones como individuos, es decir, no como sujetos sociales actuando desde una cierta conciencia de clase? ¿Quiénes realmente *eran*, en términos políticos, o cómo fueron cambiando? Durante las décadas de 1960 y 1970 los científicos sociales y políticos latinoamericanos se preguntaron minuciosamente por la capacidad estabilizadora o revolucionaria de estos grupos sociales; el interés hacia ellos fue primordialmente un interés por sus opciones políticas. ¿Se sumarían, al menos parcialmente, a los proyectos de cambio social profundo o se alinearían (o *alienarían*, desde una perspectiva marxista) con proyectos más moderados o reaccionarios? ¿qué ocurría y ocurriría con los militares, los funcionarios públicos, los profesionales en esas circunstancias? Pues si bien numerosos militantes y líderes de movimientos de izquierda efectivamente venían de las clases medias, no lo hacían desde una adscripción de clase, sino una ideológica: sumándose a un proyecto revolucionario donde el sujeto central, supuestamente, eran los obreros, pobladores y campesinos²⁸. La pregunta de fondo era cómo responderían las clases medias en términos colectivos: como grupos y organizaciones, votantes, en las convocatorias a movilizaciones e incluso —en el caso de los uniformados— frente a un levantamiento revolucionario.

La sociología se ocupó entonces de identificar a las clases medias 'residuales' y las 'emergentes'. Las principales diferencias, a su criterio, se encontraba en la relación de estos grupos con las clases altas: las primeras se encontraban más ligadas a ellas en

²⁷ Esta postura fue discutida en la presentación de la investigación citada más adelante por Jaime Fierro y Emmanuelle Barozet, en uno de los encuentros de la Red de Estudios sobre Clase Media e Identidad en Chile y América Latina, 6 de junio de 2012.

²⁸ En ese sentido, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) puede considerarse un caso emblemático. Fue fundado en un contexto universitario y si bien desarrolló un apreciable trabajo de bases con obreros y pobladores, sus líderes pertenecían a la clase media profesional e intelectual, e incluso a familias de las clases altas chilenas. Miguel Enríquez, una de sus figuras más destacadas, fue hijo de Edgardo Enríquez Frodden, médico, rector de la Universidad de Concepción y ministro de educación en la administración de Salvador Allende.

términos laborales, ideológicos y políticos, mientras las segundas serían más autónomas dado que, precisamente, su relación de dependencia con las clases altas era menor y se habían abierto camino con su propio esfuerzo y al alero de los empleos y oportunidades estatales; estos sectores, por lo tanto, tenderían a ser optimistas hacia el futuro, tener actitudes favorables hacia el cambio y a aliarse con sectores obreros y proletarios en dichos esfuerzos. Sin embargo, para mediados del siglo XX, Jorge Graciarena juzgaba que las diferencias tajantes entre unas y otras fueron desapareciendo²⁹.

Desde la vereda del análisis económico, para Blas Tomic destacó las diferencias al interior de estos sectores. A diferencia de lo que ocurría en las sociedades capitalistas más desarrolladas, en Chile fue la intervención directa del Estado en la economía la que articuló las diferentes clases sociales en el proceso de reproducción capitalista. La debilidad congénita de la burguesía local nunca le permitió apropiarse completamente del Estado como su instrumento, y por lo tanto el Estado nunca se convirtió en el instrumento específico de una sola clase o grupo social:

"en este sentido es que se puede afirmar que la clase media asociada al Estado, a través de un proceso derivado de la forma particular de inserción de la economía chilena al sistema internacional, logró eminencia política local"³⁰

Dentro de ésta así llamada clase media estatal, Tomic distinguió varios grupos: en primer lugar la burocracia intermedia y de bajo nivel del aparato estatal, cuyos intereses más inmediatos, que define como el sueldo y el trabajo, están ligados a la extensión de las actividades estatales. Luego, los empleados semi públicos, como los funcionarios municipales, provinciales y docentes, que dependen del apoyo político y material que el Estado les brinde. En tercer término, el círculo de los profesionales indirectamente pagados por el Estado, como los profesores universitarios, los médicos del Servicio Nacional de Salud o que trabajan con contratos temporales para el Estado, como ingenieros y asesores de distinto tipo. Por último --y para Tomic constituyen un grupo muy importante-- los 'políticos', es decir los políticos profesionales que ocuparon los cargos más altos de la burocracia estatal y que desde allí también incidieron en la esfera privada a partir de su acceso privilegiado a las instancias políticas y económicas

²⁹ Jorge Graciarena, *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina*, (Buenos Aires, Editorial Paidós, 1967), p. 163 y ss.

³⁰ Blas Tomic, *El Estado, la clase media y la integración económica*, p. 64 y ss.

del aparato estatal, generando 'clientelas' más o menos estables fuera del Estado pero en relación directa con él, como en el caso de las entregas de licencias para negocios otorgadas por el Estado³¹. En otras palabras, Tomic habla de varios grupos definidos por su relación con el Estado, pero diferentes entre sí y con diferentes cuotas de poder tanto hacia dentro como hacia fuera del aparato estatal. Heterogéneos y no siempre unidos, tuvieron en común una cierta autonomía frente a los grandes empresarios y la elites sociales tradicionales, que seguían siendo mayoritarias en los directorios de las grandes empresas privadas y la derecha política, y una capacidad de generar proyectos propios.

A ello, tal vez, habría que agregar las observaciones hechas por Martínez y Muñoz, donde subrayan que el proceso de industrialización en América Latina, a diferencia de los países desarrollados, se produciría una terciarización de la economía desde el comienzo del proceso, con un aumento significativo de los sectores comerciales, de trabajadores independientes y empleados públicos, todos ellos asociados con el proceso de crecimiento del Estado y de la educación pública³². Esta tesis, creemos, muestra nexos con las investigaciones de James Petras a fines de la década de los sesenta, donde se destaca que la emigración campo-ciudad y el consecuente crecimiento del sector servicios y de la burocracia estatal fue un proceso *anterior* al de la industrialización, más producido por factores de rechazo del campo (pobreza, cesantía, salarios bajo el nivel de subsistencia) que por factores de atracción de la ciudad y sus labores de servicios y en la industria³³.

Sin embargo, puede que la clase media fuera mucho más heterogénea de lo que se postuló tanto en la propuesta mesocrática como en las discusiones sobre su capacidad revolucionaria en la década de 1960; es evidente que nos faltan investigaciones que profundicen en dicho punto. Para el golpe de estado de 1973 que inauguró diecisiete años de dictadura, se había asentado la convicción de que Chile era un país con una numerosa clase media y que su misma existencia era fuente de estabilidad para la democracia. Mas ante el quiebre de la misma, no es un secreto que numerosas organizaciones de los grupos medios saludaron con entusiasmo el fin violento del gobierno de la Unidad Popular y se sumaron al esfuerzo por la así llamada reconstrucción nacional que la Junta Militar de Gobierno puso entre sus prioridades. Las

³¹ Blas Tomic, Op.Cit., p. 62-63.

³² Javier Martínez, Eduardo Muñoz, Eugenio Tironi y Eduardo Valenzuela, "Notas preliminares para un estudio de las clases medias en la sociedad chilena actual", op. cit., p. 5 y ss.

³³ James Petras, *Políticas y fuerzas sociales en el desarrollo chileno*, (Buenos Aires, Amorrortu, 1968), p. 22.

asociaciones de pequeños comerciantes y transportistas celebraron los aniversarios del golpe de Estado con caravanas y actos públicos³⁴, e incluso partidos políticos de centro como la Democracia Cristiana fueron acusados de apoyar directa o indirectamente la intervención militar. Evidentemente los miembros de las Fuerzas Armadas y de Orden – salvo excepciones-- se sumaron a la iniciativa golpista, o al menos no se rebelaron contra ella. La pregunta formulada en la década anterior sobre una clase media que apoyaría una reforma profunda de la sociedad parecía obtener una respuesta triste: la clase ‘esperanza’ de comienzos de siglo, sometida a una prueba de fuego en torno a su lealtad y compromiso con la democracia, pareció no dar la talla, convirtiéndose en una clase ‘traidora’ al gobierno democráticamente elegido y los sectores que lo habían apoyado.

3.- La crisis neoliberal.

En este punto es importante volver a una de las preguntas ya planteadas en este texto: ¿hasta qué punto el proyecto mesocrático era un proyecto de clase o un proyecto que identificaba ciertos ideales para el conjunto de la sociedad con una definición social –*ser* clase media-- en específico? En dicho sentido, podría postularse que la ‘mesocracia’ y la ‘meritocracia’ habría expresado aspiraciones de una mayoría nacional, de la cual los grupos medios *reales* eran parte, junto a los sectores obreros y populares.

En tal sentido, valga la pena destacar que ser o llegar a ser *clase media* fue una lucha constante. Durante la primera mitad del siglo XX la carrera funcionaria en el Estado o las empresas semiestatales u obtener un título profesional fue considerado una manera de alcanzar el objetivo de la vida digna y estable. Una de las amenazas constantes a esa aspiración fue la inflación, uno de los grandes azotes de la economía chilena durante el citado período. Si bien la economía chilena pudo recuperarse de la Gran Depresión de 1930 hacia 1938, entre 1938 y 1942 el costo de la vida creció en un 83% y solo la Segunda Guerra Mundial y su demanda por productos de la minería vinieron a provocar una reactivación que no se extendió en el tiempo³⁵. Para la década de 1950 el crecimiento del PGB no superó el 1% anual y la baja productividad agrícola

³⁴ Azun Candina, “El día interminable: memoria e instalación del 11 de septiembre en Chile”, en Elizabeth Jelin, editora, *Las fechas in-felices*, Editorial Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.

³⁵ Simon Collier y William Sater, *Historia de Chile. 1808-1994*, (Cambridge University Press, Madrid, 1999), p. 238.

obligó a importar crecientes cantidades de alimentos. Uno de los indicadores más visibles de estos desequilibrios fue la inflación, que alcanzó cifras superiores al 50% en el gobierno de Ibáñez (1952-1958), problema precariamente controlado en los gobiernos siguientes, hasta la gran crisis inflacionaria de la Unidad Popular³⁶. Ello provocaba una frecuente desvalorización de los salarios y la capacidad de ahorro y compra de los sectores populares y medios, y de tal manera una lucha constante por lograr aumentos salariales y mantener la calidad de vida que buscaban.

Esta calidad de vida se traducía, en términos culturales, en una cierta imitación de las clases altas y en el acceso a bienes de consumo modernos que ya hemos descrito. Su ideal no era un mundo revolucionario donde la propiedad privada y las diferencias entre ‘rotos’ y ‘gente decente’ no existieran, sino donde un número creciente de personas pudiera disfrutar de un modo de vida cómodo e interesante. De allí, postulamos, el rechazo a una revolución socialista propiamente tal, y también su rechazo a las reformas económicas y políticas hechas por la dictadura.

Pues si el gran enemigo de ese ideal social había sido la inflación, los bajos salarios, la falta de educación formal y la carestía de la vida, las transformaciones en los modelos económicos y laborales de fines de la década de 1970 y la década de 1980 fueron vividos por las clases medias como desafíos aun mayores a sus aspiraciones o claramente como retrocesos ante lo conseguido. La privatización de empresas estatales y semiestatales, los despidos masivos, la focalización de las políticas y los beneficios sociales, las reformas legales que dificultaban la formación y la actuación de los sindicatos y la represión a las manifestaciones políticas crearon un escenario difícil tanto para las clases medias asalariadas como para los pequeños y medianos comerciantes y empresarios que dependían, muchas veces, de la protección estatal.

Los reclamos de la Agrupación Nacional de Empleados Fiscales es un buen ejemplo del clamor de estos grupos antes el nuevo escenario nacional. Tras el golpe de Estado de 1973, la dirigencia de la ANEF intentó mantener una actitud de diálogo y petición frente al gobierno, en la lógica de que éste comprendería su situación y actuaría a favor de sus propios funcionarios, como lo había hecho en el pasado. Sin embargo, el avance de las políticas privatizadoras era incontestable. En un documento de 1978 firmado por Tucapel Jiménez, la agrupación hizo llegar sus reparos al General Gustavo Leigh por los cambios ocurridos en la situación de salario y beneficios de los empleados

³⁶ Julio Pinto, *Historia Contemporánea de Chile, Tomo III. La economía: mercados, empresarios y trabajadores* (LOM Ediciones, Santiago, 2002), p. 42.

del Estado. Mientras los sueldos y beneficios de los jefes de las reparticiones públicas habían aumentado en porcentajes muy significativos (entre 70 y 80%) los empleados de los grados inferiores (que correspondían a los escalafones administrativos y de servicios y que no ejercían cargos directivos ni contaban con títulos universitarios) prácticamente no habían visto mejoras salariales. En el campo previsional, la situación tampoco era mejor³⁷. Asimismo, el nuevo código laboral puesto en práctica a partir de 1979 borró la diferencia entre obreros y empleados que había existido hasta entonces: todos quedaron bajo el rótulo de 'trabajadores', desapareciendo la diferencia entre sindicatos industriales, profesionales y agrícolas³⁸.

El empleo en la burocracia pública se encontraba en crisis. Los sectores definidos como 'sectores medios asalariados' crecieron de un 18% del total de trabajadores en 1971 a un 24% en 1990, pero este crecimiento se produjo mayoritariamente en el empleo privado. Esto significó un fuerte impacto en el sector más allá de los porcentajes, dada las diferencias entre el empleo público y el privado en términos de estabilidad laboral, las diferencias de sueldos entre distintas posiciones ('continua' en el empleo público y de 'grandes saltos' en la burocracia privada) y la previsibilidad de los ascensos e incentivos: mientras en la burocracia pública tendían a privilegiarse la antigüedad y la educación formal, en la burocracia privada prima la productividad a corto plazo³⁹. Los datos porcentuales del período 1970-1980 también confirman la disminución del empleo público, que había llegado a su punto más alto durante el gobierno de la Unidad Popular: el gobierno central empleaba a 295.553 personas en 1973, que habían disminuido a 159.592 para 1980; Ferrocarriles del Estado tenía 26.404 empleados en 1973, y 11.193 para 1980; el Servicio Nacional de Salud contaba con 68.627 empleados en 1973, que bajaron a 62.924 en 1980⁴⁰.

En el año 1979, la ANEF se dirigió al Ministro de Hacienda, Sergio de Castro, para solicitar una asignación especial a los funcionarios que precisamente habían quedado privados de las asignaciones por título profesional, dedicación exclusiva o mando. Le expusieron, con un detalle que parece rayano en la desesperación, los resultados de una investigación periodística publicada en la Revista del Domingo del

³⁷ Tucapel Jiménez, junio de 1978, "Planteamientos sobre problemas de los trabajadores del sector público", Asociación Nacional de Empleados Fiscales (ANEF), Santiago de Chile, *passim*.

³⁸ Ver Alberto Armstrong y Rafael Águila, *Evolución del Conflicto Laboral en Chile. 1961-2002*, (Santiago, Ediciones Universidad Católica, 2003), p. 169.

³⁹ Arturo León y Javier Martínez, 2001, *La estratificación social chilena hacia fines del siglo XX*, Santiago de Chile, Serie Políticas Sociales, CEPAL, 2001), p. 15.

⁴⁰ Patricio Meller, *Un siglo de historia economía política chilena (1890-1990)*, (Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 3ª edición, 2007), p. 129.

diario El Mercurio, el 26 de enero de ese año, que muestra la situación de quienes vivían con ingresos entre los cinco y ocho mil pesos mensuales:

- " - Comen un cuarto de kilo de carne cada dos semanas.
- Una vez por semana hacen cazuela con cabezas de pescado, es decir aprovechan lo que para la generalidad es desperdicio.
- Leche sólo toman los niños.
- Hacen comida una sola vez al día. En la noche no comen.
- No van al cine. Solo uno de los consultados dijo acompañar a su hijo a una función matinal.
- No salen de casa los domingos para evitar el gasto excesivo de locomoción. No conocen el Parque O'Higgins.
- No hacen ni reciben visitas, *para que sus compañeros no sepan cómo viven.*
- No compran ropas de vestir, usan overoles, blusas o camisetas que les dan en el trabajo. Los niños se visten con ropa usada que les dan los parientes.
- No van al dentista, no veranean y los feriados legales, o los trabajan si la empresa lo permite. O los pasan arreglando sus casas.
- No compran libros. Sólo uno de los encuestados compra un diario una o dos veces a la semana.
- Los consumos de luz, agua y combustible son extremadamente exiguos. Lo que demuestra las privaciones que experimentan.
- Están agobiados por las deudas. Uno de ellos dice estar afectado al colon y que le duele el estómago cuando se acuerda de los acreedores.

En resumen, un cuadro de privaciones que más parece propio del siglo pasado"⁴¹

La última frase es significativa en el contexto que hemos estado revisando; revela una vez más la visión evolutiva de los derechos y el bienestar de los trabajadores asumida por la ANEF: no se trata de algo que sólo *ocurre*, sino de un *retroceso*. A continuación de este resumen del artículo, la ANEF expuso la situación de los funcionarios públicos dentro de ese panorama general:

⁴¹ Oficio num. 14 de la ANEF al Ministro de Hacienda, Sergio de Castro, Santiago, 5 de febrero de 1979.

"En la parte introductoria, la señora Dalbuquerque hace notar que, en el sector público, se encuentran en la situación descrita los funcionarios comprendidos entre los grados 18 y 14 de la Escala Única de Sueldos. Ahora bien, como la mayor parte de los empleados públicos está encasillada entre los grados 19° y 31°, fácil es comprender cual es la situación de necesidad en que se encuentran, desde que sus remuneraciones son inferiores a las percibidas por los encuestados. En otro aspecto de la cuestión, recordamos el cálculo del valor que debiera tener el sueldo vital de los empleados, ponderado según las reglas de la ley 7.295 y que rigió hasta el año 1955. Este sueldo, de acuerdo a los precios existentes en el UNICOOP de Providencia en el mes de noviembre de 1978, según publicación del último número de la revista Mensaje, debería ser de aproximadamente 7.000 pesos mensuales"⁴²

Más allá del justo reclamo al gobierno, la lista de bienes y artículos presentados como carencia nos hablan nuevamente de lo que los funcionarios públicos se sentían con derecho a tener, y de lo que defendían no como *lujo*, sino como necesidad: comer carne más de dos veces al mes, no tener que hacer comida con aquello que la 'generalidad' tira a la basura, comer más de una vez al día, no endeudarse para sus necesidades más básicas y poder acceder a bienes de consumo como los libros, el cine, los paseos, las vacaciones y ropa nueva. Habla también de su vergüenza: no invitar a nadie a casa, para que esa pobreza al menos se viva en privado.

La crisis económica de 1982 no hizo sino agravar esta situación. El Producto Interno Bruto (PIB) disminuyó en un 14,3%, el desempleo alcanzó al 23,7%, mientras que el gobierno decidió devaluar el peso en un 18%, intervenir más de cinco bancos y licitar empresas estatales como Chilectra y la Compañía de Teléfonos. Al igual que los sectores populares, los sectores medios recibieron duramente el impacto de la cesantía, la devaluación del peso chileno, el alza de los dividendos habitacionales y la pérdida de sus ahorros por la quiebra de numerosas sociedades financieras. Durante las primeras protestas contra la Dictadura y la crisis económica, dejaron sentir su presencia en Santiago sumándose a los 'cacerolazos' en comunas residenciales como Ñuñoa, Providencia y La Reina y a las caravanas de autos que tocaban sus bocinas contra el régimen. Para de la Maza y Garcés, debían distinguirse tres grupos dentro de la

⁴² Ibid.

oposición social de la clase media a la Dictadura: los colegios profesionales, los gremios como los del transporte y la movilización, y aquellos que participaban en las mencionadas manifestaciones espontáneas⁴³. A lo largo de los años de lucha contra la dictadura y en un proceso que no se ha estudiado sistemáticamente, tanto colegios profesionales como el Colegio Médico, el Colegio de Profesores y los poderosos dirigentes del transporte se sumaron claramente a la oposición a la dictadura. Asimismo, los estudiantes secundarios y universitarios comenzaron desde fines de la década de 1970 un proceso de reorganización, liderado principalmente por las juventudes políticas de partidos de centro e izquierda, que fuese capaz de sumarse a las lucha nacional por la recuperación de la democracia y también por la defensa de una educación pública profundamente herida por la municipalización de la educación primaria y secundaria y la intervención y recorte dramático de recursos a la educación superior financiada por el Estado⁴⁴.

El recuento y análisis de esas actividades y luchas sociales de las década de 1980 han sido hechas en otros trabajos. Lo que nos interesa relevar aquí es que organizaciones gremiales y profesionales y partidos políticos considerados representantes de los sectores medios, como la Democracia Cristiana y el Partido Radical, mostraron claramente su oposición tanto a la represión como a las reformas económicas hechas por la Dictadura, en la medida que contradecían su opción por la resolución pacífica de los conflictos sociales, habían precarizado las condiciones económicas de la clase media existente y también minimizado las oportunidades de los sectores populares de integrarse a ella.

4.- Las nuevas vías del ideal social.

En un artículo reciente el historiador Nicolás Penna recuerda la historia de *Faúndez*. Se trató de un personaje creado por el publicista Marcelo Con Riera en 1998 para el comercial televisivo de una empresa de telefonía. Faúndez era gáster y hablaba con el acento de la clase obrera chilena. En un ascensor lleno de ejecutivos de traje y corbata, suena un teléfono móvil y mientras todos los elegantes pasajeros buscan en sus bolsillos, es el obrero quien contesta la llamada, mientras los ejecutivos sonrían entre

⁴³ Gonzalo de la Maza y Mario Garcés, *La explosión de las mayorías. Protesta Nacional 1983-1984*, ECO; Santiago de Chile, 1985, p. 90.

⁴⁴ Ver Victor Muñoz, *ACU. Restatando el asombro*, Ediciones La Calabaza, 2008.

sorprendidos y enternecidos. Según Penna, Faúndez se transformó no solo en un ícono publicitario sino en el símbolo del chileno “proactivo y empeñoso, microempresario y trabajador por cuenta propia (...) y que fue incluso condecorado con el título de *Hombre del Año 1999*”⁴⁵. En Chile de fines del siglo XX, tener un teléfono celular aun era un símbolo de distinción social: Faúndez, un hombre de abajo, lo usaba con soltura para su negocio. Faúndez fue citado como el ejemplo de una nueva sección o grupo de la clase media que estaría (quizás) reemplazando a la clase media funcionaria y peticionista del pasado, es decir, de un grupo que se integraba al país pujante en que Chile se había convertido a partir de las dos nuevas esperanzas de desarrollo: las nuevas tecnologías y la iniciativa *emprendedora*.

Hacia fines de la Dictadura y para los inicios de la transición democrática, Chile era un país con menor pobreza dura que en el pasado pero donde las condiciones de desigualdad de ingreso entre los más ricos y los más pobres habían crecido. Asimismo, si las organizaciones gremiales de los grupos medios o quienes habían perdido sus puestos de trabajo en dictadura tuvieron la esperanza de que con el fin de la misma en 1990 se produciría un cambio o una vuelta atrás en la legislación laboral, el modelo educacional o el predominio del mercado en las relaciones de trabajo, ello no ocurrió. El modelo neoliberal que privilegió lo privado por sobre lo fiscal, la iniciativa y la libre competencia por sobre la estabilidad laboral y lo económico por sobre lo político siguió en marcha con modificaciones más bien menores.

Postulamos que ello *no* provocó un cambio significativo en las aspiraciones culturales y económicas de los grupos medios y tampoco ha hecho que la clase media haya perdido su estatus de ideal social. Como hemos revisado aquí, el consumismo y el ‘arribismo’ de los grupos medios no son fenómenos nuevos; diferenciarse del mundo popular, obtener respeto social y llegar a parecerse —aunque fuese solo eso, una apariencia— a las elites sociales ha sido una constante histórica en su comportamiento. Postulamos que lo que sí se ha modificado es la percepción de las estrategias que deben utilizar para conseguir lo que buscan y el esfuerzo que se debe realizar para conseguir sus metas.

En un estudio reciente, las entrevistas realizadas a técnicos y profesionales de mandos medios revelan ese nuevo valor como central: lo importante es ser 'busquilla',

⁴⁵ Ver Nicolas Penna Vizcaya, “El lugar de la clase media en el discurso político”, Revista Estudios Históricos, marzo 2010, <http://www.estudioshistoricos.cl/blog/el-lugar-de-la-%E2%80%99clase-media%E2%80%99D-en-el-discurso-politico/>

que es definido como "no quedarse conforme con lo primero que se encuentra, estar siempre alerta, ser astuto y saber moverse, utilizando las herramientas que se tienen, lo que marca, por otro lado, una tendencia a actuar de manera individual"⁴⁶. Según Silva, se hace así referencia al capital social como una estrategia de inserción laboral, instrumentalizando las relaciones y adoptando ciertos valores y actitudes no por sí mismos, sino por el beneficio económico que conllevan: es importante 'conocer gente' y agradecerles para obtener ingresos rápido: la carrera laboral pasa así a segundo plano. Sin embargo, es destacable también que se conservan valores ya registrados: no hacer ostentación de lo que se posee, seguir conservando a los amigos de antes o no gastar más de lo que se consideran sus necesidades prácticas (imitando a los sectores de mayores ingresos) son actitudes vistas positivamente⁴⁷.

Lo anterior pone al menos en entredicho los principios o características que se atribuían o se autoatribuyeron los sectores medios como distintivos y como prueba de su mérito y estatus social. Volverse culto en los términos de una cultura libresca que permitiera –como decía Raúl Alarcón en la década de 1940—conversar en la mesa familiar de los asuntos públicos y la política o cantar con hermosa voz de tenor como el padre de Aída Pardo, parece estar en entredicho. Lo que importa ahora es mantenerse al día en términos tecnológicos y mediáticos, como *Faúndez* lo hizo; según un estudio de la Fundación La Fuente hecho el año 2006, en el 72% de los hogares chilenos no se compran libros nunca o casi nunca, y solo una quinta parte de los chilenos se define como un lector frecuente. En el 40% de los hogares chilenos hay menos de diez libros, y solo un 2% de los chilenos tiene más de quinientos libros en su hogar. Sin embargo, Chile es uno de los países con más teléfonos celulares per cápita en el mundo: según el Instituto Nacional de Estadísticas en el año 2010 había en el país 1.065 celulares por cada 1.000 habitantes⁴⁸.

Asimismo, también parece haber perdido terreno la lógica del trabajo sostenido y leal y de la lucha colectiva como mecanismo para cumplir con las aspiraciones socioeconómicas que ya hemos detallado en estas páginas. Aquello a lo que antes se

⁴⁶ Beatriz Silva, 2005, *La clase media en Chile después de las transformaciones estructurales: una aproximación cualitativa a través del análisis de clases*, Tesis para optar al grado de socióloga, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago, p. 66.

⁴⁷ Op. cit., p. 71.

⁴⁸ "Chile es el país con más teléfonos celulares", Noticias Universia, 27 de febrero de 2012, <http://noticias.universia.cl/en-portada/noticia/2012/02/27/913965/chile-es-pais-mas-telefonos-celulares.html>

accedía con organización y esfuerzo colectivos, respeto a reglamentos y normas e incluso a un empleador en el cual se confiaba y para el cual se esperaba trabajar ‘toda la vida’, parece desde la década de 1990 en adelante menos funcional que en el pasado. Un empleado de Correos y Telégrafos que ingresó a la empresa a fines de los años setenta habla de ese cambio de situación:

“Independiente si tú te capacitabas, cada tres años te subían de escalafón. Entonces uno llegaba último a la cola, pero llegaba un ascenso si tú trabajabas bien, si había un buen informe tuyo que eras responsable, te llegaba otro ascenso y así ibas escalando. Si llegabas a un nivel grado 20, 19 entonces sabías que esos grados tenían un nivel de jefatura y te daban, a lo mejor, te capacitaban y te daban la jefatura de una oficina, la jefatura de personal, etc. con la permanencia cada tres años te ibas ganando un grado, si te portabas bien, si tú jefe te tenía buena más posibilidad tenías. Podías partir con un grado 28, 29 y a los 7 años podías estar en un grado 20. Se podía necesitar un jefe de oficina grado 18 y se iba a sorteo, si tengo grado 18 ya puedo ser jefe, postulabas. (...) Sí, antes podías ser jefe de oficina, de departamento, jefe de sector, gente que conocía el sistema. Yo creo que esa política no se debería haber perdido nunca. Una persona que parte de cajero o como sea, va pasando etapas, avanzando, avanzando tiene conocimiento de la historia y podís ponerlo en cualquier lugar, va a cumplirte la función. Hoy día eres operador, lo máximo que puedes ser es llegar a jefe de oficina. De ahí llegar a una subgerencia, a jefe de departamento es difícil”⁴⁹

La sensación de soledad y de poder confiar solamente a las capacidades individuales y en la ‘suerte’ en el mercado se revela como creciente, especialmente en los grupos medios. El citado estudio de Beatriz Silva revela que sus entrevistados tienen la sensación de que por ser de clase media se encuentran más desprotegidos que otros sectores: los pobres pueden contar con la ayuda social y estatal cuando enfrentan problemas, los más ricos no necesitan de esos apoyos, y es la clase media la que debe enfrentar cesantía, deudas, crisis económicas, enfermedades y catástrofes sin un soporte fuera de sus mismos recursos y capacidades.

⁴⁹ M. V., dirigente sindical de Chile Express, entrevista realizada en enero de 2009.

Según el estudio del PNUD de 2002 sobre las percepciones de los chilenos de su propia sociedad, la mitad de los nuestros compatriotas entrevistados afirmó que “las desigualdades sociales siempre han existido y seguirán existiendo”. Menos de un tercio (31%) cree que puede cambiarlas y un 17% estima que son producto del sistema económico. La opinión mayoritaria acerca de la inmutabilidad de las desigualdades puede ser interpretada como una “naturalización” de lo social. Estas personas tienden a concebir la sociedad como un fenómeno natural, ajeno a la voluntad humana. “Quienes aceptan la naturalidad de las desigualdades”, continúa el informe del PNUD, “buscan adaptarse a esa realidad dada. Una proporción mayor opta por un conformismo amoral. Estos individuos parecen estar diciéndose: ‘puesto que existe un orden de desigualdades inamovibles, no me preocupo más que por mi familia’⁵⁰. Se trataría, como ha propuesto Castells, de una suerte de *individualismo familista* donde se reconoce la existencia de fenómenos negativos como la desigualdad social y económica y la ineficiencia de lo existente, pero se asume como una condición natural de lo humano donde el único proyecto seguro es la propia vida y la familia más cercana. Serían estos sectores los que tras años de dictadura y de gobiernos democráticos que no cambiaron la estructura de un sistema injusto, se habrían adaptado con una suerte de fatalismo hedonista a la sociedad de mercado donde el lugar social se define solo por la capacidad de consumo material y no por las convicciones ideológicas ni por los proyectos colectivos, como planteó Tomás Moulian en su *anatomía* de la sociedad chilena de la década de 1990⁵¹. La clase media y especialmente esa ‘nueva’ clase media, enamorada de las computadoras y las comunicaciones inalámbricas, cliente frecuente de los centros comerciales, tentada sistemáticamente por las tarjetas de crédito y sus intereses ominosos, sería una de las representantes de esa realidad.

Sin embargo y visto en perspectiva histórica, el amor de la clase media por las compras, su sentido de que *debe* hacerlas porque es lo que corresponde a su rol en la sociedad, su *siutiquería* y arribismo (en registro negativo) o su afán de superarse y ser más de lo que fueron sus padres o abuelos (en registro positivo) no son nuevas. Tampoco lo es su sensación de que debe luchar por todos los medios posibles para mantener su calidad de vida o mejorarla, porque no está asegurada: los fantasmas de las crisis económicas y políticas y sus consecuencias (la cesantía, la inflación, los ‘recortes

⁵⁰ Programa de Desarrollo de Naciones Unidas (PNUD), *Desarrollo Humano en Chile. Nosotros los chilenos: un desafío cultural*, Santiago, 2002.

⁵¹ Tomás Moulian, *Chile actual: anatomía de un mito*, LOM Ediciones, 1995.

laborales', la pérdida de los ahorros, la represión) son espectros que le quitan el sueño porque tiene conciencia de que es débil –tan o más débil que los más pobres—ante ellos.

La capacidad de consumo material y simbólico como forma de diferenciación social pueden ser un buen ejemplo de dicha situación. Con respecto a los artículos para el hogar, la historiadora Penny Sparke afirma que un contexto de aceleración de la movilidad social, “la relación entre las artes decorativas y el gusto se vio reforzada y se convirtió en un indicador social clave”⁵². El concepto de ‘consumo ostentoso’ o ‘conspicuo’ ya fue utilizado a fines del siglo XIX por autores como Georg Simmel para definir aquel tipo de consumo material que se realiza para mostrar determinada posición social: un ejemplo claro fue (y es) la moda femenina, donde las mujeres realizaban una búsqueda continua de nuevas vestimentas que actuaban como indicadores de la posición social de sus maridos e intentaban emular a sus superiores inmediatos en la sociedad⁵³. Lo mismo podría decirse del *packaging* y *branding*; a medida que la producción y el consumo de masas crece y se complejiza, las personas aumentan su consumo de bienes empaquetados y que corresponden a ciertas marcas, las cuales adquieren un carácter de distinción social y refinamiento, en vez de comprar solo alimentos o productos sueltos y sin marca.

Desde los análisis de comienzos del siglo XX, la clase media fue acusada de realizar de gastos superiores a sus presupuestos individuales y familiares y de contraer deudas en aras de alcanzar una calidad de vida que identificaban con la pertenencia misma a la clase media. Vestir, calzar y hasta oler de cierta manera, poder acceder a determinados bienes materiales y a ciertas actividades era aquello que los distinguía de obreros, campesinos y trabajadores domésticos. A lo largo del siglo y hasta la actualidad, dichos bienes a adquirir quizás no han hecho más que aumentar y diversificarse. En la primera mitad del siglo XX y como hemos revisado, la educación secundaria, la casa con habitaciones separadas para sus distintos miembros y comer en diferentes platos tal vez era suficiente para distinguir a la clase media de los pobres. El crecimiento y complejización de la producción en serie, del consumo de masas y de la oferta en productos como los electrodomésticos y actualmente los productos ligados a la telefonía y la computación sigue en marcha. Poder adquirir los bienes necesarios –en

⁵² Penny Sparke, *Diseño y cultura, una introducción. Desde 1900 hasta la actualidad*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 2010, p. 23.

⁵³ Sparke, Op. cit., p.29.

términos materiales y simbólicos—para convertirse o seguir siendo clase media ha sido un esfuerzo constante y nunca acabado, que año a año importa nuevos esfuerzos.

La educación también es un buen ejemplo de ello. Hasta mediados del siglo XX, la licencia secundaria —es decir, haber terminado lo que hoy conocemos como enseñanza media—permitía la entrada a la función pública o a empresas comerciales y bancarias en la calidad de empleado. Ello significaba una oportunidad laboral con mayor estatus social y posibilidades de aumentos de salario y de ascenso laboral que el trabajo manual, obrero o doméstico. Sin embargo, el aumento de la cobertura educacional a nivel secundario y luego técnico y profesional ha hecho que en la actualidad la licencia secundaria haya perdido esa utilidad; solo sirve para los trabajos menos calificados y con menores salarios. Incluso el ingreso a la educación superior no es una garantía de estabilidad laboral, o, por ejemplo, de llegar a tener una mejor calidad de vida que la de los padres. En la actual discusión por la educación pública en Chile, la existencia de carreras e incluso de universidades e institutos profesionales que no garantizan a sus egresados la existencia de un campo laboral ha estado fuertemente presente. Uno de los casos más dramáticos y conocidos de esta situación se produjo en la UTEM (Universidad Técnica Metropolitana) donde se creó la Licenciatura en Ciencias Criminalísticas en la década del 2000, asegurando a quienes se inscribieran en ella que la reforma procesal penal en marcha en el país les aseguraría la empleabilidad en el Ministerio Público, Juzgados de Garantía, el Servicio Médico Legal, la Policía de Investigaciones y Carabineros de Chile, oferta que no estaba confirmada ni correspondía a la realidad. Los estudiantes terminaron demandando a la UTEM por publicidad engañosa y la carrera se cerró⁵⁴. La educación secundaria primero, y luego la educación técnica y profesional en sí mismas, ya no aseguran el acceso a la clase media para los individuos ni las familias de los sectores populares, ni tampoco la permanencia en ella; qué carrera se estudia y en qué institución, y también la realización de cursos de especialización y posgrados se han convertido en necesidades a analizar y tomar en cuenta. En resumen, la educación como vía de ascenso social se ha transformado en Chile en un proceso más largo, oneroso e inestable que en el pasado.

⁵⁴ “Paralizada la demanda por carrera de Criminalística”, La Nación Digital, 5 de enero de 2009, <http://www.lanacion.cl/noticias/site/artic/20090104/pags/20090104182107.html>

Conclusiones.

La definición como clase media sigue siendo un ideal social o un ‘norte simbólico’ en Chile, y no solamente para los más pobres o para quienes efectivamente pertenecen a ella. Según el estudio de Barozet y Fierro, para el año 2010 entre el 70% y el 84% de los chilenos se declaraba como perteneciente a la clase media, en el año 2005 el porcentaje era de un 83% y en el 2002 de un 85%⁵⁵. Sin embargo, según el índice GSE de niveles socioeconómicos, para el año 2005 quienes se encontraban en las clasificaciones C2 y C3 –la clase media *real*, en términos de ingresos— correspondían a poco más de un 43% de la población chilena, con un ingreso familiar promedio de entre 1.073.000 (C2) y 517.000 (C3) pesos mensuales y una escolaridad promedio del jefe de hogar de entre 10 y 17 años⁵⁶.

Esto nos lleva a recordar que la definición de un ‘sí mismo’ que involucra la identidad no se realiza solamente en base a factores económicos, sino que es mucho más compleja. Puede realizarse a partir del origen social (se *viene* de la clase media, aunque ya no se pertenezca a ella); por comparación y equidistancia con otros, como mencionamos al comienzo de este trabajo (si tengo vecinos o familiares más pobres o más ricos, *ergo* soy parte de la clase media, ya que no soy como ellos); como una aspiración, en el caso de los más pobres (es mejor definirse como clase media o *clase media baja* que llanamente como *pobres*); en factores no económicos, como el nivel de educación o la actividad que se desarrolla; e incluso como una definición socialmente respetable. Un buen ejemplo del último fenómeno es el caso de la política electoral: así como los candidatos presidenciales estadounidenses han tratado de adaptarse o cumplir con la saga de la *log cabin* y el modelo de Abraham Lincoln, quien efectivamente nació pobre y en una cabaña de troncos y llegó a ser Presidente del país⁵⁷, los candidatos presidenciales chilenos del siglo XX a menudo han tratado de demostrar que son

⁵⁵ Emmanuelle Barozet y Jaime Fierro, *Clase Media en Chile, 1990-2011: algunas implicancias sociales y políticas*, Serie de Estudios num. 4, Fundación Konrad Adenauer, Santiago, 2011, p. 27.

⁵⁶ Barozet y fierro, po. Cit. P. 23. el ingreso mencionado aquí convertido a dólares estadounidenses, estaría al cambio actual entre aproximadamente 1.100 a 2.100 dólares mensuales.

⁵⁷ Jill Lepore, “Bound for Glory. Writing campaign lives”, *New Yorker Magazine*, Nueva York, Octubre 20 de 2008.

hombres y mujeres de la clase media, al menos en origen, como una manera de probar su sencillez y cercanía con el conjunto de la población⁵⁸.

Definirse como parte de la clase media en Chile apela a una suerte de *aurea mediocritas* que evita las connotaciones discriminatorias o la sospecha de ‘resentimiento social’ que tendría definirse como pobre, obrero o proletario, y también la arrogancia de reconocer directamente que se es parte de la elite socioeconómica de una sociedad y rodear así las acusaciones de explotación de los otros y de grupo dominante asociado a la extrema riqueza. Una dorada medianía, entonces, que a nadie ofende, que puede enorgullecer a sus miembros y que es sinónimo de una vida plena y a la vez sin culpas.

Como enfatizamos en los primeros párrafos de este texto, las clases sociales son conceptos relacionales, que se definen unas en comparación y distancia con las otras. Ser de clase media en Chile habría significado dos fronteras y distinciones, según los documentos y análisis que hemos visto. En primer lugar, la comparación y distancia con la clase alta, la cual ha estado dada respectivamente por la educación y capacidad cívica --que tendrían en común-- y por una calidad y estilo de vida que no alcanza sus niveles de lujo y hasta de derroche. En segundo término, la comparación y distancia con las clases bajas: tendrían en común ser (a menudo) asalariados y tener que ocuparse de presupuestos más bien exiguos o ajustados en relación a sus necesidades, pero se distinguirían de ellos por tener salarios comparativamente más altos, mayor nivel de educación formal y gozar de un mejor estatus social, tres fenómenos que tienden a entenderse como relacionados entre sí.

Es por ello también que ante las últimas movilizaciones que han agitado Chile en los últimos años, es posible rastrear que la clase media como ideal social ha estado presente en ellas, en el sentido de demandar y exigir aquello que garantizaría esa vida digna, cómoda y con esperanzas, quizás no heroica ni glamorosa pero sí segura y afable, que parece ser el norte de la mayoría de los chilenos. Las movilizaciones de los subcontratados de la empresa CODELCO Chile, del magisterio, la gran movilización por la educación pública, gratuita y de calidad del año 2011 podrían ser leídas en ese

⁵⁸ En su campaña presidencial del año 2005, el empresario Sebastián Piñera y su esposa Cecilia Morel recalcaron su origen de clase media y su pertenencia a ella a pesar de su éxito económico: en relación a la crisis económica del binomio 2008-2009, Cecilia Morel indicaba que les había golpeado fuerte la crisis –tal y como a cualquier familia de “clase media”–. Ya no tomaban Coca-Cola en la casa, aún cuando no era algo difícil de sobrellevar, pues estaban acostumbrados a hacer ese tipo de sacrificios. Ver Nicolás Penna Vizcaya, “El lugar de la clase media en el discurso político”, Revista Estudios Históricos, marzo 2010, <http://www.estudioshistoricos.cl/blog/el-lugar-de-la-%E2%80%9Cclase-media%E2%80%9D-en-el-discurso-politico/>

registro. El fuerte apoyo ciudadano que consiguieron quizás son muestra de la profundidad de esa convicción social sobre lo deseable y lo correcto para la mayoría de la población y de las aspiraciones puestas en los títulos y grados profesionales, el trabajo estable y salarios acordes a esas aspiraciones. En resumidas cuentas, tal vez, la aspiración por vivir en un país donde no sea necesario ser rico para ser feliz.

BIBLIOGRAFÍA

- Alarcón Pino, Raúl “La clase media en Chile. Origen, características e influencias”, Tesis Licenciatura, Fac. Ciencias Jurídicas y sociales, Universidad de Chile, 1947
- Angell, Alan *Chile, de Alessandri a Pinochet: en busca de la utopía*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1993
- Armstrong y Rafael Águila *Evolución del conflicto laboral en Chile, 1961-2002*, Universidad Católica de Chile, 2003
- Barría, Jorge *El sindicalismo: fuerza social chilena*, Santiago, Departamento de Relaciones de Trabajo y Desarrollo Operacional, Universidad de Chile, 1978
- Barozet, Emanuelle y Jaime Fierro *Clase media en Chile: algunas implicancias sociales y políticas*, Serie Estudios No.4, Fundación Konrad Adenauer, 2011
- Barr-Melej, Patrick *Reforming Chile. Cultural Politics, Nationalism and the Rise of Middle Class*, University of Caroline Press, 2001
- Candina, Azun “Por una vida digna y decorosa: clases medias y empleados públicos en el Chile del siglo XX”, Ediciones Frasis, 2009
- Candina, Azun “El día interminable: memoria de la instalación del 11 de septiembre en Chile”, en Elizabeth Jelin *Las fechas in-felices*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002
- Collier, Simon y William Sater *Historia de Chile 1808-1994*, Cambridge, 1999
- Delamaza, Gonzalo y Mario Garcés *La explosión de las mayorías. Protesta nacional 1983-1984*, ECO, 1985
- Góngora, Alvaro “De jardín privado a balneario público. Veraneando en Viña del Mar” en Rafael Sagredo y Cristián Gazmuri *Historia de la vida privada en Chile*, vol. II, Taurus, 2006
- González Le Saux Marianne *De empresarios a empleados. Clase media y Estado docente en Chile, 1810-1920*, Santiago, Lom, 2011
- Graciarena, Jorge *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina*, Buenos Aires, Paidós, 1967

Illanes, María Angélica *La batalla de la memoria*, Santiago, Sudamericana, 2002

León, Arturo y Javier Martínez *La estratificación social chilena hacia fines del siglo XX*, CEPAL, 2001

Martínez, Javier et al *Notas preliminares para un estudio de la clase media en la sociedad actual*, Santiago, D.T No.13, Sur Profesionales consultores, agosto 1982.

Mellafe, Rolando, Antonia Rebolledo y Mario Cárdenas *Historia de la Universidad de Chile*, Ediciones de la Universidad de Chile, 1992

Meller, Patricio *Un siglo de historia económica política chilena (1890-1990)*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 2007

Moulian, Tomás *Chile actual. Anatomía de un mito*, Santiago, Lom, 1997

Muñoz, Víctor *Acu*, Editorial La Calabaza, 2008

Penna Vizcaya, Nicolás “El lugar de la clase media en el discurso político”, *Revista Estudios Históricos*, marzo 2010

Peña Muñoz, Manuel *Los cafés literarios en Chile*, Santiago, Ril, 2001

Petras, James *Política y fuerzas sociales en el desarrollo chileno*, Amorrortu, 1968

Richard, Nelly y Carlos Ossa *Santiago imaginado*, Santiago, Armando Silva Editor, 2004

Rojas Flores, Jorge “Los trabajadores desde la Colonia hasta 1973”, Documento Ical, s/f

Salazar, Gabriel y Julio Pinto *Historia contemporánea de Chile*, Santiago, Lom, 2002, Tomo III

Silva, Beatriz “La clase media en Chile después de las transformaciones estructurales”, Tesis, Sociología, Universidad de Chile, 2005

Sparke, Penny *Diseño y cultura, una introducción. Desde 1900 hasta la actualidad*, Ediciones Gili, Barcelona, 2010

Subercaseaux, Bernardo “La cultura en la época de Balmaceda, 1880-1900” en VVAA *La época de Balmaceda*, Dibam, 1992

Thompson, Edward P. *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Editorial Crítica, Barcelona, 2001

Tomic Blas *El Estado, la clase media y la integración económica*, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales, Fundación F. Ebert, Material de Estudios No.23, 1980

Yañez, Juan Carlos *Estado, consenso y crisis social. El espacio público en Chile, 1900-1920*, Santiago, Dibam, 2003.